



Gatti, Gabriel (2011), *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*. Buenos Aires: Prometeo.

Capítulo 4:

FAMILIA, LINAJE, ORIGEN... LA MAQUINARIA PRODUCTORA DE SENTIDO DE ABUELAS DE PLAZA DE MAYO

Las analizadas en el capítulo anterior son expresiones de prácticas que trabajan en una dirección precisa, recuperar sentido. Entre ellas hay diferencias en la parcela sobre la que se aplican, en la materia a la que procuran reasignarle el sentido que la maquinaria desaparecedora le sustrajo: los arqueólogos *restituyen la palabra a la ruina*, los archiveros *devuelven dignidad al legajo escondido en las catacumbas*; los antropólogos forenses hacen malabares para que *los cuerpos se reencuentren con los nombres*; los psicólogos sacan a un sujeto de las garras, devastadoras, del trauma, *devolviéndole la posibilidad de decirse*. Me fijaré ahora en una suerte de práctica síntesis de esta militancia en pro del sentido. Esa es la ejercida por el entramado de organizaciones que gravita alrededor de las Abuelas de Plaza de Mayo, representativo de la progresiva entrada en juego en estas *narrativas del sentido* de una retórica que, al hablar de identidad, lo hace alrededor de un doble eje, la familia y la genética. No es ese entramado de las Abuelas el único, pero quizás sí el que ha alcanzado mayor profundidad en la elaboración de su discurso, ha logrado un grado de consenso social enorme y llamativo y ha conseguido un nivel de estabilidad institucional ciertamente sorprendente.

1 “IDENTIDAD, FAMILIA, LIBERTAD”: LAS ABUELAS DE PLAZA DE MAYO Y LA IDENTIDAD COMO ARMA DE BATALLA

En octubre de 2009 “Chicha” Mariani lanza a la red un correo desesperado. Muy mayor, notándose cerca de morir, escribe un mensaje y lo mete en una botella con la esperanza de que su nieta Clara Anahí, a la que dejó de ver a los tres meses de nacer, pueda leerlo. “Chicha” Mariani es una Abuela de Plaza de Mayo. Su hijo y su nuera son desde 1976 dos de los treinta mil desaparecidos de la dictadura argentina. Sabe que su nieta fue probablemente dada en adopción a personas afines al régimen. Clara Anahí es pues una de las aproximadamente 500 criaturas a las que se conoce como de *identidad apropiada*. En el mensaje, emocionante, “Chicha” dice: “Quiero contarte que tu abuelo paterno se dedicó a la música y yo a las artes plásticas; que tus abuelos maternos se dedicaron a las ciencias, que tu mamá amaba la literatura y tu papá era licenciado en economía (...). Algo de todo eso tendrás en tus inclinaciones de vida, porque a pesar de hayas sido criada en un hogar distinto, uno guarda interiormente los genes de sus antepasados”. En el mensaje, emocionante, “Chicha” dice: “Quiero contarte que tu abuelo paterno se dedicó a la música y yo a las artes plásticas; que tus abuelos maternos se dedicaron a las ciencias, que tu mamá amaba la literatura y tu papá era licenciado en economía (...). Algo de todo eso tendrás en tus inclinaciones de vida, porque a pesar de hayas sido criada en un hogar distinto, uno guarda interiormente los genes de sus antepasados”.

En julio de 2005, dos años después de convertirse en uno de los cerca de 100 niños de *identidad recuperada*, es decir, después de que recobrase el nombre que se le dio al nacer, distinto al que tuvo tras su apropiación, Horacio Pietragalla publica en el periódico bonaerense *Página/12* un texto, “Reconstrucciones”, donde cuenta la historia de su *recuperación de identidad*. El relato es el de un viaje que se inicia en el análisis de ADN, que determina que es hijo de dos desaparecidos, y que prosigue buscando, dice, “reconstruir la identidad de mis padres para empezar a reconstruir la mía”. Ese viaje



encuentra en Abuelas de Plaza de Mayo el apoyo necesario para darle base a su identidad: “Hoy ando por la vida sin dudar y sólo puedo agradecer esto a mis padres biológicos, mis únicos y verdaderos padres, y a las Abuelas de Plaza de Mayo (...). Abuelas [es] hoy una asociación que no sólo busca a sus nietos, sino también educa en el derecho a la identidad”.

Desde 1993 y promovido por Abuelas de Plaza de Mayo existe en Argentina un organismo público, CONADI —Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad— cuyo propósito es desarrollar políticas reparatorias frente a los casos en los que se vulneró la identidad de niños desde el propio Estado. CONADI coordina un pilar esencial de las prácticas de identificación de *niños apropiados*, el Banco de Datos Genéticos, que contiene los mapas genéticos de todas las familias que tienen niños desaparecidos a fin de que se pueda identificar a niños ahora apropiados cuando se dé finalmente con ellos. Hablando de este Banco y de la lectura de la identidad que el mismo vehicula, la presidenta de CONADI me dijo, cuando la entrevisté en octubre de 2005: “La base de la identidad es la verdad, el conocimiento de la verdad, y la verdad es una. De hecho, la verdad es que uno tiene un origen biológico ineludible, con una carga genética ineludible y tiene después una historia y un desarrollo cultural y social (...). Cuando se disocia lo biológico de lo cultural se disocia y se convierte en una falsa contradicción” (E28).

Todas estas anécdotas tienen en común tres cosas: que conmueven, que en todas aparecen las Abuelas de Plaza de Mayo, que *identidad* es la palabra clave.

Abuelas de Plaza de Mayo es en su autodefinición actual una ONG que “tiene como finalidad localizar y restituir a sus legítimas familias todos los niños secuestrados desaparecidos por la represión política, y crear las condiciones para que nunca más se repita tan terrible violación de los derechos de los niños, exigiendo castigo a todos los responsables”. Fue creada en 1977 y está compuesta por madres de desaparecidos cuyos hijos fueron apropiados por los represores durante el régimen militar que asoló Argentina entre 1976 y 1983. Hasta ahora su trabajo ha tenido un importante éxito cuantitativo (han logrado identificar un centenar de niños) pero lo que realmente impresiona es su incidencia cualitativa en el debate público en Argentina, en la construcción de los límites y contenidos del campo del detenido-desaparecido y sobre

todo en la exitosa construcción de un concepto socialmente legitimado de identidad. Así es, el entramado organizativo de Abuelas está presente en todo el Estado, sus dirigentes son referentes de peso para la definición de las políticas de derechos humanos, han contribuido muy directamente a que la Convención Internacional por los Derechos del Niño y del Adolescente incorpore tres artículos, los “Artículos argentinos”, inspirados en su trabajo¹... Además, junto a otros grupos de familiares —Madres de Plaza de Mayo, HIJOS...— han ayudado a situar en el debate público el tema de los desaparecidos y a desarrollarlo en el terreno en el que ahora está, el de la identidad. Así es, las Abuelas de Plaza de Mayo, buscando a sus nietos, hijos de sus hijos desaparecidos, han desarrollado una poderosa maquinaria simbólica, mediática, institucional, jurídica y hasta artística.

Y esta maquinaria tiene en la idea de *identidad* su clave: de una parte, porque se entiende que es eso lo que la desaparición forzada ataca y vulnera; de otra, porque se cree que es desde la reconstrucción de ese bien atacado y vulnerado, la identidad, que se podrán compensar parte de los efectos devastadores de esa práctica represiva. En efecto, si puede decirse que la desaparición forzada constituyó una forma de represión que devastó los soportes simbólicos y físicos de nuestro concepto, el de los occidentales modernos, de identidad, parecería que hoy, cuarenta años después, una parte importante de los esfuerzos que se orientan a compensar sus efectos se dan, también ellos, en ese mismo terreno, el de la lectura occidental y moderna de lo que significa “tener identidad”.

¹ Son los artículos 7, 8 y 11, los tres de máxima relevancia para concretar políticas de adopción y limitar la posibilidad del comercio internacional de niños. Los tres establecen la importancia que tienen las relaciones construidas en torno a los lazos biológicos para determinar la identidad de un niño e indican la necesidad de preservar el derecho a ser de acuerdo a esos lazos o, al menos, a saber de ellos.

No hablamos, pues, de una identidad cualquiera; sino de la que va asociada a viejos sustantivos (familia, origen, verdad, genética, biología...), algunos de ellos teñidos de tonalidades conservadoras. En otros lugares estos sustantivos difícilmente funcionarían juntos. No así aquí. Se explica por el lugar donde todo se concentra: si la desaparición forzada devastó individuos, si quebró e hizo catástrofe de la lectura local del sujeto y de la identidad, parte importante de las reacciones que procuren anular sus efectos se juegan, también ellas, en el terreno de la identidad. Abuelas de Plaza de Mayo



constituye la apoteosis, el epítome, de esas reacciones. Con ellas la retórica de la sangre, la de la indisolubilidad del lazo que en torno a ella se imagina, toma el protagonismo. Y es que, lo dije más arriba, éstas de las que habló en este capítulo son narrativas de la desaparición que sostienen una política del equilibrio, que es una política de la identidad, y que es en muchos aspectos una *política de conservación de lo que es*. Frente a lo que deshace al ser, no cabe para esta narrativa más que un esfuerzo, el de rehacerlo.

2 EXCURSO (BREVE) SOBRE LA IDENTIDAD MODERNA: EL ATRACTIVO DE LAS COSAS CON NOMBRE

La palabra identidad es sencilla de enunciar pero muy difícil de pensar: está repleta de trampas y salvaguardas, de parapetos que la preservan de la duda. Esas salvaguardas constituyen enormes lastres, de los que parecería que no nos es posible librarnos y que dificultan enormemente la reflexión sobre ella, que aún al día de hoy continúa encerrada en la mística de lo *semper idem*, en la retórica de lo idéntico, lo permanente, lo duradero, lo sólido, lo firme, lo estable, lo único, en el lugar donde guardamos las cosas que permanecen.

Si lo que digo es cierto deberíamos abandonar de una vez por todas el concepto, por peligroso y, sobre todo, por inútil, pues nada describe de un mundo, el contemporáneo, con demasiadas cosas, casi todas, que no se llevan bien con esos adjetivos. Y sin embargo la idea de identidad, tramposa o no, peligrosa o no, lastrada por enormes pesos como está, sirve: pues se usa, pues se busca, pues se dice, pues se vive. Cuidado pues con la crítica radical al término: quizás no exista, pero se desea; quizás fuese mejor un término distinto, pero éste dice mucho de cómo funciona la construcción de nuestras identificaciones. Ojo entonces con deshacerse del agua de la bañera, puede que al sacar el tapón se vaya también el niño por el desagüe: “La identidad es (...) una idea que no puede pensarse a la vieja usanza, pero sin la cual ciertas cuestiones clave no pueden pensarse en absoluto” (Hall, 2003: 14). En fin, el concepto sirve, si no como indicador de hechos —la identidad como verdad— sí como reflejo de deseos y búsquedas muy occidentales —la identidad como aspiración—.

Estas aspiraciones, cuando hablamos del Cono Sur latinoamericano, tramado desde el molde de la civilización y la modernidad, ajardinado y racional, alcanzan un tono intenso, fuerte, *esencial*: color *familia*, color *origen*, color *autenticidad*. El mismo color del verbo Ser. Es una identidad fuerte la de por aquí. Es esa identidad la que la desaparición forzada de personas devastó; es también ésa la que las narrativas del sentido reconstruyen con pinceladas de Ser, de familia, de ADN, de origen, de autenticidad... Un color fuerte, en efecto, de buena resistencia. No en vano lo sostienen poderosas retóricas, que se traducen en la utilización frecuente en este campo del detenido-desaparecido de expresiones como estas: “verdadera identidad”, “identidad biológica”, “recuperar identidad”, “el nombre biológico”, “el nombre del ADN”...

Así es, el sustantivo, identidad, al menos en esta acepción fuerte, cuando va de la mano de la desaparición forzada de personas y de las practicas que se resisten a sus consecuencias, ha ganado una importancia que no tiene en otros sitios. Genera *centros de atención psicológica* (Centro de Atención por el Derecho a la Identidad), *organismos oficiales* (Comisión Nacional de Identidad), *leyes y jurisprudencia* nacional e internacional (los llamados “artículos argentinos” de la

CONVENCIÓN INTERNACIONAL POR LOS DERECHOS DEL NIÑO Y DEL ADOLESCENTE. DECLARACIÓN DE DERECHOS.
ARTÍCULOS ARGENTINOS

Artículo 7

El niño será inscripto inmediatamente después de su nacimiento y tendrá derecho desde que nace a un nombre, a adquirir una nacionalidad y, en la medida de lo posible, a conocer a sus padres y a ser cuidado por ellos (...).

Artículo 8

Los Estados Partes se comprometen a respetar el derecho del niño, a preservar su identidad, incluidos la nacionalidad, el nombre y las relaciones familiares de conformidad con la ley sin injerencias ilícitas.

Cuando un niño sea privado ilegalmente de algunos de los elementos de su identidad o de todos ellos, los Estados Partes deberán prestar la asistencia y protección apropiadas con miras a restablecer rápidamente su identidad.

Artículo 11

Los Estados Partes adoptarán medidas para luchar contra los traslados ilícitos de niños al extranjero y la retención ilícita de niños en el extranjero (...).

declaración de derechos surgida de la Convención Internacional por los Derechos del Niño y del Adolescente), también produce *redes* (Red por la Identidad), *archivos* (Archivo de la Identidad)... Y en todas estas entidades hay dos denominadores en común: uno de orden teórico, que la identidad de la que se habla no es la flexible, móvil, cambiante, juguetona... de los tiempos que corren, sino la dura, pétrea, estable, firme... que responde bien cuando se le aplican las ecuaciones modernas que rigen el desarrollo de estas cosas; otro de orden práctico, que Abuelas de Plaza de Mayo tiene siempre algo que ver.

Esas ecuaciones, las nuestras (cf. capítulo 1), remiten a figuras de contornos firmes y de contenidos fijos. A figuras duraderas, siempre iguales, siempre, a sí mismas. Déjenme revisar —serán pocas líneas— la reclusión del pensamiento moderno en un modelo de lo que es identidad que remite a esas imágenes. Me interesa hacerlo para ver que es con ese modelo en las alforjas que muchos organismos se defienden de la devastación que para la identidad, para *esa* identidad, significó la desaparición forzada. Ese modelo

tiene tres rasgos: exige que para que algo (o alguien) tenga identidad posea un *nombre*, un *territorio* y una *historia* estables, es decir, exige que el nombre sea propio y único, que el territorio sea claro y cerrado, que la Historia remita a un origen inequívoco. Las tres cualidades son serias, rígidas, lineales, las tres encajan bien con una arquitectura del imaginario que remite, inequívocamente, a la unidad y a la estabilidad (Gatti, 2007).

Pensemos solamente en la cualidad del nombre, que es la que se somete más a riesgo de jaque mate : “Gabriel Gatti”, “vasco”, “uruguayo”... son fijaciones que determinan lo que es propio y exclusivo de lo que con ese nombre se nombra (Descombes, 1996: 300), que objetivan lo que nombran como *diferencia natural* y nos sitúan, sea como individuos, sea como colectivos, en el mundo. Ese nombre sujeta lo que nombra, da permanencia a lo nombrado: por él se existe, se es identificado, se es clasificado (Lévi-Strauss, 1984: cap. 2); él ayuda a construir la ficción de la imposición de lo estable sobre lo variable (el nombre, dijo Ricœur, es “una designación fija a una misma cosa en sus ocurrencias múltiples” (1990: 73)). Por eso, su ausencia, la ausencia de nombre, nos saca del mundo, nos deja sin sujeción. Sin identidad: “El que no tiene

DIARIO DE CAMPO: 19/8/2005, BUENOS AIRES.
DESAPARICIÓN E IDENTIDAD

Si en efecto la identidad es la superficie donde se debate el tema de la desaparición forzada y donde se dirime su gestión, cabe también interrogarse por las causas de que sea ése y no otro el terreno de juego:

- Una respuesta lineal: el dispositivo desaparecedor se diseña para devastar la identidad, es una tecnología represiva para deshacer identidad.
- Otra también lineal: aunque no fuese así, los efectos del dispositivo desaparecedor se gestionan aquí en el terreno de la identidad.
- Una algo más complicada: el dispositivo cobra un perfil especialmente vinculado a la identidad aquí por las peculiares características de la construcción de la identidad en estos países. Esta respuesta incluye las dos anteriores: la desaparición forzada de personas afecta a la identidad y es en el territorio de la identidad, de sus certezas y sus dudas, donde se gestiona.

Apuesto por esto. Pinta creíble.

un nombre no existe como hombre, está ligado a la nada” (Lapierre, 1995: 16). Vacío. Poderes del nombre. Son muchos y grandes. Nos hacen pensar en lo substancial (Descombes, 1996: 300), en lo eterno incluso:

“Signo de origen y de filiación, el patronímico, a través de la inscripción en un linaje, vincula en una historia, en un desarrollo temporal que sobrepasa el nacimiento y la muerte, cuya profundidad tiende, imaginariamente, hacia la perennidad (...). Marcador y clasificador a la vez, liga la identidad a la referencia vertical de las generaciones, al anclaje local de una región o de un país y, eventualmente, a un status social (...). En síntesis, el nombre dice de quién se nace y de dónde se viene, asigna un lugar, sin escapatoria posible en principio. Por esa asignación (...) se imprime, con desigual profundidad, el devenir de cada uno” (Lapierre, 1995: 13).

Así es, en nuestra manera de imaginar la identidad poseer un nombre es indispensable para ser: o se tiene un nombre o no se es. Abuelas de Plaza de Mayo parecen confirmar el dictamen:

“El bebé para constituirse subjetivamente se identificará primeramente a sus padres, de ellos recibirá una marca simbólica, trazo identificador que le permitirá ser. Se lo marcará con un nombre, inscripción simbólica que no es sólo el nombre pues incluye la etimología del apellido y la novela familiar, pues uno se nombra como ha sido nombrado y al nombrarse nombra la relación de uno con sus progenitores, aquél que lo incluyó en el orden de las generaciones”²

No es poco poder, no. Tanto que aquí y ahora, también entonces en los setenta, poseer un nombre es un dato sin dispensa para poder decir de algo, entidad, cosa, colectivo o individuo, que posee identidad. Si esto es así, fácil colegir que desde esta manera de imaginar las cosas no poseer nombre equivalga a no tener identidad. Es lo que la desaparición forzada de personas produce: sustrae un nombre a un individuo, convierte a un individuo en desaparecido, saca a ese individuo de las cadenas que proveen de sentido, le roba de sus orígenes en el tiempo, sustrae los cuerpos de las redes que les proporcionaban significados que hacían de él algo más que cuerpo en el espacio

² Tomado del texto de Alicia Lo Giúdice —Coordinadora del Equipo Psicológico de Abuelas de Plaza de Mayo— disponible en el sitio Web de éstas, <http://www.abuelas.org.ar/centro.htm> [Acceso en octubre de 2007].

comunitario. Es la catástrofe que la desaparición forzada de personas provocó: supo — no es ése, no, el verbo adecuado, pero sirve— irritar la lectura local de la identidad.

Es frente a eso que se genera una estrategia de resistencia que pasa por devolver sentido a esos cuerpos vaciados, y para ello la fórmula por la que se opta es la de reengancharlos a las cadenas de sentido por las que eran más que cuerpos, es decir, por reintegrarlos a *sus* nombres, territorios e historias. Un beneficio posible: el equilibrio. Un riesgo, también posible: exceder del sentido original, ir más allá:

"[Hoy la lucha pasa por] poder decir quiénes eran los desaparecidos, poder recuperar su identidad (...). Lograr que los desaparecidos se inscriban en la historia no como desaparecidos (...) sino como personas que hacían cosas y que tenían un proyecto, y que en función de ese proyecto tenían relaciones sociales. Y que lo que se cortó eran esas relaciones sociales que esas personas tenían con los que estaban alrededor" (E27e)

Esas cadenas del sentido, las que proveen de nombres, se pueden hacer con materiales diferentes: con lengua, con raza, con herencias, con tradiciones y costumbres, con espíritus, con colores, y hasta con carácter... En el caso del que me ocupo, los materiales con los que se forja la identidad son dos, de los más duros: el lazo biológico, la genética, y la filiación, la familia. Abuelas de Plaza de Mayo ejemplifica lo más sustancial de la estrategia que vehicula ambos materiales.

3 LOS MATERIALES QUE FORJAN LOS NOMBRES DE LOS DESAPARECIDOS, I: LA GENÉTICA

El debate sobre la desaparición forzada de personas en manos de las Abuelas de Plaza de Mayo ha conducido el sustantivo identidad al primer plano. Pero eso no quiere decir que sea a un plano nuevo, al contrario más bien, a un plano muy viejo, premoderno casi, el de la raíz biológica del Ser: con Abuelas, identidad equivale a naturaleza y ésta a genética.

Se buscaban desaparecidos de cuyo rastro nada quedaba: niños que fueron secuestrados sin dejar casi huellas. O sin dejar ninguna. A falta de un camino con pistas

DIARIO DE CAMPO: 21/9/2005 Y 3/10/2005, BUENOS AIRES. EL ADN HACE LA IDENTIDAD ¿AQUÍ?

El de la identidad es un campo trufado de perezas. Las dos genetistas que entrevisté, colaboradoras habituales de CONADI y Abuelas, se definen como profesionales que acompañan causas de derechos humanos desde su pericia técnica. Dicen no saber de identidad. Pero... No paran hablar de ella como evidencia que refiere siempre a lo biológico, que sirve de nexo entre uno y su origen, entre uno y su destino. Lo biológico soporta al Uno, a lo semper idem.

El trabajo de estas mujeres, técnico, ¿se sostendría sobre los mismos argumentos en un lugar donde no funcionase la ecuación IDENTIDAD = ADN?

que condujesen hasta ellos sólo podían ser ubicados acudiendo a las marcas que llevasen puestas, a la huella genética y a la duda sobre la identidad que pesaba, que pesa, en la generación de niños nacida en la época de la represión. Ambas cuestiones invitaron a seguir por un camino que conducía hasta un lugar, *el origen. Justificación táctica*: era lo más fácil de hacer entender.

Justificación práctica: era de lo que

se disponía para ubicarlos. Pero la justificación táctica y práctica se ha convertido, con el tiempo, en una *construcción teórica con pretensiones universales* y con forma de algoritmo: IDENTIDAD ES ORIGEN → ORIGEN ES GEN → IDENTIDAD ES GEN³. El lazo biológico, de arma para la localización del desaparecido vivo, pasa a ser el argumento que sostiene la definición de la identidad, de toda identidad:

“Porque el concepto de identidad (...) tiene un soporte biológico, en función del cual tenemos los ojos de un color, el pelo, determinadas propensiones, alturas, etc., por una conformación ya predeterminada genéticamente. Esto tiene que ver con dos cuestiones: una, esa determinación genética que durante años de sociologismo hemos olvidado y que no se trata obviamente de reemplazar por un determinismo genético, sino de comprender la importancia de esta cuestión genética” (Zanotti, 2005)

“La identidad como el derecho de todo ser humano de poder conocer su propia génesis, su procedencia, se asienta en lo biológico pero lo trasciende, se fundamenta en la necesidad de encontrar las raíces que den razón del presente, a la

³ Tanto que en Argentina las pruebas de paternidad se llaman *pruebas de identidad*. Un equipo de biólogos a las que entrevisté, colaboradoras frecuentes con Abuelas de Plaza de Mayo, así lo razona: “Los estudios de ADN [acá son] los estudios de identidad...” (E9); “Acá la identidad se asocia con el estudio de ADN, y de hecho vos vendés los estudios de paternidad como estudios de identidad, lo tenemos incorporado” (E9).

luz de un pasado que aprehendido, permita reencontrar una historia única e irrepetible" (Sánchez, 1997)

En un universo donde lo fáctico se asocia con lo tangible si alguien tiene la necesidad de dar *prueba* de algo no encontrará tal prueba en cosas como el deseo de ser, el imaginario, el afecto o la construcción social del nombre, poco manejables para nosotros, modernos, sino en materiales más duros. Ahí, lo genético y su tótem, el ADN, es decir, eso que los profanos pensamos que sintetiza lo esencial de alguien, tiene todas las de ganar. No importa que sea así o no; de hecho, no es así, como saben confesar los propios genetistas ("Y es jorobado porque la genética en general se está transformando en algo reduccionista: un gen para el alcoholismo, un gen para la esquizofrenia... Parecería que todo estuviera desprovisto de toda la carga cultural, la carga ambiental, la carga histórica" (E9)). Pero no importa, como digo, que sea así o no. Sí importa que se crea que el *gen* resume al *Ser*. Y así se cree en este campo.

Así fue: una *necesidad táctica*, la de dar con elementos que sirviesen para establecer un vínculo entre un detenido-desaparecido y un individuo hoy adulto del que nada se sabe (ni su rostro, ni su sexo, ni su ubicación, ni su nombre), se convirtió en una *definición ontológica* que ha terminado por colonizar ya no sólo el campo del detenido-desaparecido sino incluso las definiciones más usuales sobre la identidad. Desde entonces, el gen y lo genético —superficies a las que agarrarse para saber si alguien es— terminaron por definir al ser mismo.

La política de búsqueda de desaparecidos vivos que Abuelas de Plaza de Mayo protagoniza en primera línea se transformó en una política de la identidad que se articuló sobre la definición más conservadora posible de ésta: IDENTIDAD ES LA PRESERVACIÓN DE LO QUE ES. A partir de ahí, toda definición de identidad sensible a la labilidad de ésta (la del juego con los géneros, la de la flexibilidad de los nombres, la de la ambigüedad de los territorios, la de la paradoja y el cambio...) es expulsada al territorio de las ideas *equivocas* ("Si las teorías

DIARIO DE CAMPO: 12/9/2005, BUENOS AIRES. CONADI:
RECUPERANDO LA IDENTIDAD DE LOS DESAPARECIDOS VIVOS

Mientras entrevisto a la responsable de CONADI llaman desde el EAAF. Trabajan combinados, mucho: unos localizan niños, otros tienen la pericia técnica y los recursos para conocer su identidad genética. Se trata de una joven que duda de su identidad y CONADI la remite a EAAF. Cuelga. Me comenta: "Hacemos el mismo trabajo, ellos con muertos y nosotros con vivos. Se trata de devolver la identidad a los desaparecidos vivos".

no servían para fundamentar este pedido que por derecho legítimo le correspondía a las Abuelas, había que deshacerse de esos libros” (Galiñanes, 1997); “Lo que nosotros no tenemos que hacer es perder de vista el objetivo y confundir identidad con otra cosa” (E28)), o peor, *foráneas* (“Yo que vengo siguiendo esto desde hace muchísimos años he inclusive percibido en la práctica cómo el discurso de algunos psicólogos y sociólogos europeos fue cambiando a partir de observar la experiencia de las Abuelas, del reencuentro con sus nietos y de los nietos con su identidad. Donde había una visión muy... muy... digamos... cultural y social... sociologista... de la identidad, que [lo que] tenía que ver con la biología y la genética [estaba] muy desmerecido” (E28)).

Mientras, en el territorio de las verdades confirmadas se invita a entrar a definiciones ciertamente rotundas, contundentes, de la identidad, las que se hacen en *la carne* (“El recuerdo intrauterino, cómo esos chicos reconocen, no se sabe cómo, qué son” (E28)), en *el gen* (“[el ADN] configura [nuestras] características esenciales como personas”⁴; “El ‘punto cero’ de la identidad: los genes, el ADN, la identidad biológica” (Arfuch, 2004)). Somos, sí, genes convertidos en nombres (“Esta persona fue inscrita en el registro civil con el nuevo nombre, el nombre biológico” (E2)), y por eso, sí, por eso, siempre



“La identidad no se impone”. Cartel de Abuelas de Plaza de Mayo. La identidad genética, inscrita de manera indeleble en el cuerpo del individuo –aquí bajo la forma de la huella dactilar– no puede ser nunca tapada ni anulada pues permanecerá en el trasfondo, más allá de las transformaciones que eventualmente pueda sufrir o se le quieran imponer. Y lo indeleble, es claro, no se borra.

iguales a nosotros mismos ¡Qué hermosas ficciones las de la unidad y la permanencia!

⁴ Tomado del texto de presentación de los “aspectos genéticos de la identidad” disponible en el sitio Web de Abuelas de Plaza de Mayo, <http://www.abuelas.org.ar/genética.htm> [Acceso en octubre de 2005].

¡Qué eficaces! (“La pregunta por la identidad es entonces la pregunta por ‘lo que queda’ (...) mientras todo cambia, por la continuidad” (Rinesi, 2004); “El concepto de identidad plantea que algo o alguien son iguales a sí mismos” (Corach, 1997); “la principal característica de la identidad biológica es que es estable e invariable en el tiempo”⁵). Llevan a pensar que identidad es lo que permanece, lo que heredo y no cambia. El detenido-desaparecido, vivo o muerto, es pues eso que fue. Nunca eso que es ahora —detenido-desaparecido—, apenas una “pseudoidentidad” (E10), una identidad falsa. Identidades fuertes las que pueden imaginarse después de la catástrofe, de nombres firmes, de soportes sólidos, inmutables, indudables ¿serían tan fuertes las identidades sin haber mediado esta catástrofe? No.

El cuerpo devastado, el nombre destrozado, la identidad quebrada que de esa catástrofe surgieron no alteran condujeron a pensar que somos a pesar de los desastres y se hizo sinónimo entre *ser* y *carga biológica que se impone sobre lo que muta*. Un ser, además, del que el ADN es la prueba. Nuestra esencia, que nada, ni la más espectacular de las catástrofes, y la desaparición forzada de personas lo es, puede modificar. Y opinan así tanto los implicados, caso de este hijo de

DIARIO DE CAMPO: 6/10/2005, BUENOS AIRES. CASA DE LAS ABUELAS

Lindo lugar, hermosa casa. Al entrar me recibe una chica que detiene su tarea al verme: limarse las uñas. Veo en unos carteles la foto de Simón entre los niños apropiados y la de Adriana y Ricardo entre los padres de posibles niños desaparecidos. Le pregunto, mientras espero, si los carteles están actualizados. No parece saberlo.

Alguien llama por teléfono: “No, mirá, eso mejor llamá a derechos humanos. Acá es para gente que duda de su identidad”. Otros carteles que decoran la sala rezan “¿Vos sabés quién sos?”, “No te quedes con la duda”...

Entran dos adolescentes, liceales, a buscar información. Confundidas, equivocan Abuelas y Madres. El chico que se dedica a informar, un muchacho de “identidad recuperada”, las saca de su confusión: “No, esto es Abuelas. Con Madres todo bien, pero acá buscamos desaparecidos vivos”.

Detrás de toda la escena, dos abuelas, silenciosas, leen.

desaparecidos (“Digamos que yo soy una persona totalmente diferente de mis viejos, de mis viejos biológicos (...) en el sentido de que cada persona es única. Pero la esencia y un montón de cosas están genéticamente tatuadas, eran cosas que me dejaban mis viejos” (E23)), como los expertos y profesionales (“no existe posibilidad alguna de

⁵ Tomado de una nota sobre CONADI publicada en *La voz del Interior*, Córdoba, 26 de enero de 2003.

cambiar, suplantar o suprimir la identidad”⁶; “[en la identidad los] lazos afectivos son establecidos sobre la base de nexos genéticos” (Corach, 1997)).

Pobre Simón. O Macarena. U Horacio: no creo que a mucha gente como a ellos les hayan dicho tantas veces como he oído que les dicen lo mucho que se parecen a sus progenitores o a alguno de sus parientes: “Tiene los ojos de Gerardo”. “¿Viste? su hijo es parecidísimo al abuelo Gatti”. Puede consolarse: no es el único, pues este refugio en la esencia es moneda común entre los hijos de desaparecidos, empeñados, ellos y su entorno, en agarrarse a todo lo que, vía gen, nos liga con ese origen truncado por la catástrofe:

“Hay una chica que se restituyó el año pasado (...) y ella decía que todos sus amigos la cargaban porque no sabía andar en bicicleta y se asombró cuando leyó (...) que a a su papá lo cargaban porque no sabía andar en bicicleta” (E19)

“Así también fue sorprendente empezar a comprobar cuánto queda genéticamente tatuado en nuestro cuerpo: saber que esos mariscos que volvían locos a mis viejos, también me enloquecían a mí” (Pietragalla, 2005)

“Un chico [apropiado y de identidad recuperada] (...) nos manda un mail que dice: ‘¡Pink Floyd, mi vieja escuchaba Pink Floyd, no lo puedo creer!’. Él vivió toda su vida con su familia pero a nadie en ningún momento se le ocurrió contarle que la vieja escuchaba Pink Floyd ¡A él también le gustaba! Era un lazo” (E19)

“A mi viejo le gustaba cocinar, a mí me gusta cocinar; el gusto por comidas que jamás comí, y sin embargo me vuelven loco, en mi infancia jamás comí porque me criaron con otra comida, y apenas la pude probar dije: ‘Ésta es mi comida preferida’. Y después me entero de que la comida preferida de mi viejo era ésa” (E23)

⁶ Tomado de una nota sobre CONADI publicada en *La voz del Interior*, Córdoba, 26 de enero de 2003.

La desaparición forzada de personas obligó a tematizar y a posicionarse de manera reflexiva ante el hecho de la identidad. Cabría pensar que ese posicionamiento podría haberse realizado haciendo uso de caminos diversos. Y de hecho así es (*cf.* capítulos 5 y 6). Pero las apuestas inscritas en las que en este capítulo y en el anterior he descrito como narrativas del sentido son claras: si la desaparición forzada de personas destrozó identidades, a ella se le resiste reconstruyéndolas. Si quiso romper las conexiones, las *políticas de reconstrucción de la catástrofe* la combaten marcando lo que permanece. Sin ambages, sin ambigüedades, sin dejarle un lugar al sinsentido, implacables con la paradoja, la ambigüedad.

DIARIO DE CAMPO: 25/4/2008, BILBAO-LA JOLLA-SANTIAGO DE CHILE. CONTRA LA BARBARIE HIGIENISTA... ESENCIALISMO GENETISTA

Andrés Gómez, desde La Jolla, me remite esta noticia publicada en el diario *La Tercera* (<http://www.latercera.cl>), de Santiago de Chile, el 12 de abril de 2008. La nota dice, entre otras cosas, esto: “[Se realizará un] estudio de la población a través de muestras de ADN (...) para crear una fotografía genética (...) de los chilenos (...). El análisis servirá para saldar una deuda histórica con las víctimas de la dictadura, pues gracias al mapa genético construido se podrá identificar a los detenidos desaparecidos (...). No obstante el mapa genético no se podrá usar para casos de paternidad, porque es absolutamente anónimo (...). El inédito muestreo permitirá tener un banco genético que conserve la identidad de los chilenos”.

Entro apenas en las obviedades: una, la crítica plana, que la identidad se piensa desde lo genético; dos, la crítica académica, que se confunde (y gravemente) la singularidad genética de un individuo con las eventuales características genéticas compartidas de una población; tres, la crítica política y moral, que para paliar los efectos de una política de racionalización e higienización de la población se aplican medidas de... racionalización e higienización de la población. Ojo con las consecuencias no intencionadas de eso...

Impresionan los rostros de tez inmaculada, sin marcas, con facciones aún tan cercanas a la niñez. Impresiona la imagen en blanco y negro, parada abruptamente, quieta para siempre, extraída de quien sabe qué instante de una vida casi sin trayecto. Produce vómito pensar en la calculada espera a que un cuerpo dé por concluido el proceso de gestación, y luego de arrebatado su fruto, sea desechado. Asombra la nítida certeza de los asesinos, esos tan seguidores del principio de que la mala hierba hay que arrancarla de raíz y que se muestran, en cambio, tan poco convencidos de su principio gemelo, aquel de que de tal palo tal astilla, y que criaron a los bebés robados, con atenciones, con calor, incluso, con amor. Es de justicia, quién lo duda, bramar la crueldad de aquellos actos, perseguir a los secuestradores de aquellos bebés, desenmascararlos, marcarlos, dar a conocer el podrido origen de su progenitura, reconocer la inhumanidad que encierra todo ello, la aberración antropológica. Es de justicia en primer lugar colectiva, para todos, y también para los pasivos protagonistas, aquellos que vieron cercenado su vínculo paterno-filial —tanto los propios desaparecidos como sus padres—, aquellos a los que se amputó “el acceso al estatuto de ancestro” (Françoise Héritier). También lo es para aquellos que fueron esos bebés pero ya no lo son, aunque en este caso se hace difícil pensar dónde encajar y respecto a qué definir la justicia.

A menudo me han sorprendido los estrechos vínculos creados entre las abuelas, una suerte de parentesco vitalicio que se sostiene con fuerza sobre la presunción de la perdurabilidad de una relación, ajena al tiempo, de una joven, un joven y el hijo o hija de ambos, en ocasiones éste o ésta también sólo una

presunción. Esas mujeres, ancianas, cansadas, desde la fuerza moral que les da su búsqueda, de nietos y de justicia, han ido estableciendo una continuidad entre nombre, identidad y genética, le han dado la forma de principio moral, elevándola por último a rango de ley. Y en cuanto que tal universal.

Como antropóloga social interesada en las relaciones de parentesco, las peleas por la recuperación de los niños secuestrados y los principios que para ello se apelan, no dejan de crearme contradicciones. Porque en su desarrollo se entremezclan o, más bien, se hacen sinónimos conceptos que para la antropología, necesariamente atenta a lo que es universal y es diverso en lo humano, no son ni pueden ser lo mismo: GENÉTICA = PARENTESCO = IDENTIDAD.

Son conocidas las objeciones que a uno de los que, a menudo, se denominan “artículos argentinos”, el número 8, de la Convención Internacional por los Derechos del Niño y del Adolescente, se le hacen desde las ciencias sociales. Este artículo instituye el nombre único y permanente y, simultáneamente, erige a los progenitores como padres preferentes, declarando ambos como un derecho *del niño*. Es decir, el nombre se hace identidad, algo que nos define como un estado continuo y permanente, algo inmutable que deriva de vínculos genéticos y ES elevado a derecho humano. Uno, o una, es en gran parte su procedencia, sin lugar a dudas. Pero la procedencia no es algo que se recibió hace mucho tiempo y que queda inalterado. No es una sustancia ni una esencia. No podemos confundir identidad con una prueba genética. Somos proceso, con nuestras idas y venidas, con nuestra historia. Por eso en tantos lugares las personas cambian de nombre a lo largo de su vida: cuando comienzan a hablar, cuando se les circuncida, en la pubertad... O cuando se casan, como ocurre tan habitualmente entre las mujeres.

También el recientemente establecido “Delito de ocultamiento de identidad”, entendido en términos de escamoteo de información de la procedencia genética de una persona, presenta claras contradicciones con prácticas culturales habituales en la formación familiar, comunes en Occidente. Ejemplo de ello serían las donaciones de semen y óvulos, que crean nuevas familias precisamente mediante la anulación legalmente establecida de las obligaciones y derechos recíprocos creados por los lazos genéticos. O las adopciones, que se organizan por medio de la renuncia o la usurpación de los derechos de patria potestad derivados del nacimiento y que son transferidos por el Estado a terceros considerados aptos. O aquellos casos en los que el padre no es el progenitor (se calcula que en alrededor de un 10% de los nacimientos de mujeres casadas se atribuye la paternidad al marido aun cuando él no es el progenitor). Si concebimos el ocultamiento de identidad como delito, convertimos a miles de personas en potenciales delincuentes, miles de personas que en circunstancias vitales diversas, siguiendo estrategias acertadas o no, en función de criterios también diversos, optaron por ocultar o por no comunicar la procedencia biológica de sus hijos, de sus nietos, de sus sobrinos, de sus hermanos (¿quién no tiene un secreto de familia?).

¿Qué es identidad? ¿Qué es parentesco? La antropología demuestra que ni una ni otra pueden ser entendidas de forma única. El parentesco puede estar fundado en un mítico antepasado común, en la casa que se comparte, en la tierra que se trabaja, en la leche que amamanta, en la sangre que recorre las venas... Todas ellas son metáforas que hablan de un vínculo que ha dado forma a las sociedades y que para nosotros, hoy, es un vínculo que debe ser, sobre todas las cosas, afectivo. Y como el Orlando de Virginia Wolf, vamos forjándonos con lo que se nos transmitió, con lo que nos transitó y transitamos, nunca idénticos a nosotros mismos, nunca acabados.

La genética es un medio de llegar a la identificación de los niños capturados y de probar el vínculo existente entre determinadas personas. Y es justo que se haga. Pero no puede confundirse con la sustancia de la identidad, ni tampoco con la sustancia del parentesco ¿Hace esto los crímenes menos aberrantes? Robar criaturas, secuestrar, asesinar, negar el duelo. No se necesitan más argumentos. El monstruo no necesita pruebas de ADN, sino exclusivamente remitirse a sus actos para ser identificado.

Elixabete Imaz

4 LOS MATERIALES QUE FORJAN LOS NOMBRES DE LOS DESAPARECIDOS, II: LA FAMILIA

Podría ser una falsa memoria ¿No se implantan, a veces, falsas memorias en los androides? (Dick, 1980: 87)

En la vieja sede de Abuelas de Plaza de Mayo funciona uno de sus proyectos de última generación, el Archivo Biográfico Familiar. Es un proyecto singular, puesto en marcha por las Abuelas para preparar el legado que dejarán a aquellos de sus nietos que en el futuro puedan ser recuperados y que, solos, no tengan a quién acudir para rehacer la historia de los que los engendraron y de su familia, la historia de la que fueron despojados. Si tienen suerte, o si por el camino alcanzan a saber quiénes fueron, podrán gracias a ese proyecto saber quiénes son... Allí, en el archivo, en una caja encontrarán las grabaciones, las fotos, las historias que hacen *su* historia⁷. Los propósitos son nítidos; también lo son los términos con los que se articula este proyecto: *reconstruir, recuperar*:

"A través del Archivo se busca reconstruir la historia de vida de los desaparecidos integrantes de los grupos familiares de los hijos secuestrados y/o nacidos en cautiverio durante la última dictadura militar, tanto de aquellos que aun se encuentran apropiados como de los que ya han recuperado su identidad"⁸

⁷ Con unas dimensiones más modestas, en fases aún muy primigenias, pero sin duda guiado por un impulso ético y teórico similar que el que preside las intenciones de los promotores del Archivo Biográfico Familiar de las Abuelas de Plaza de Mayo, se ha puesto en marcha en Uruguay un proyecto de reconstrucción fotográfica de la historia de los desaparecidos. El proyecto, por cierto, hecho con una calidad técnica reseñable, puede consultarse en el sitio Web del archivo fotográfico de la Intendencia Municipal de Montevideo (<http://mtv.gub.uy>) [Acceso en diciembre de 2007]; se realiza gracias a un acuerdo entre la IMM, el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos-CEIU de la Universidad de la República y la asociación Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos.

⁸ Tomado del texto de presentación del Archivo Biográfico Familiar disponible en el sitio Web de Abuelas de Plaza de Mayo, <http://www.abuelas.org.ar/archivo.htm> [Acceso en enero de 2008].

En esas cajas guardadas celosamente en el Archivo Biográfico Familiar se encierra la memoria del desaparecido vivo. Son artilugios curiosos: cada caja contiene las cintas con las grabaciones, acompañadas de sus respectivas transcripciones, de las entrevistas que el grupo de voluntarios que trabaja en el Archivo ha recogido sobre la historia de vida de los desaparecidos que tuvieron un hijo luego apropiado. La



Archivo Biográfico familiar, Abuelas de Plaza de Mayo, Argentina. (1) Caja de memoria Individual conteniendo las grabaciones y las transcripciones de las entrevistas relacionadas con un joven actualmente desaparecido y (2) estantería que organiza, por orden alfabético, todas las entrevistas realizadas hasta el momento de la fotografía. Fotografías del autor. Agosto de 2005

historia de vida, entonces, de ese desaparecido vivo, pues es la historia de su pasado. Entrevistas a los amigos de sus padres, a sus compañeros de escuela, a sus compañeros de militancia. Y sobre todo, entrevistas a su familia: madres, hermanos, padres, hermanas, abuelos, tías, primos... Es un hermoso tejido⁹ ese que las abuelas dejan para el nieto que aún no apareció, pues se trenza con el hilo, sólido, muy sólido, de la novela familiar, de la tenida por *verdadera* novela familiar. Un tejido que no deja dudas sobre cuál es, a ojos de quien organiza el Archivo, la verdadera identidad, la verdadera historia. Cuesta pensar, al verlo, que las cosas son hoy de otra manera para esa persona; que la identidad puede ser de otra manera (“Ahora [gracias a la información contenida en el Archivo] es ella, no es otra persona. [Antes] no era la persona que tenía que ser” (E29)).

Y es que en este esquema la verdad es una, no caben monstruos, ni ambigüedades. Si las hay, son sintomáticas de que a estos sujetos, a todos nosotros, nos

⁹ La del “tejido de las abuelas” es una imagen de las que llamo “cajas de memoria” tan hermosa como acertada. Se la debo a uno de los participantes, para mí anónimo, del seminario que impartí en diciembre de 2007 en el Instituto de Investigaciones del campo Psi-jurídico, de la Ciudad de Buenos Aires.

acecha el peligro de la no identidad. Atiéndase si no a la angustia que se transmite en estas expresiones, a su textura, terrible: la nada, la no identidad, la excepción, la falsa identidad, el vacío que domina sobre cualquiera sin nombre, territorio o historia:

"Al no tener raíces, historia familiar o social, ni nombre que lo identifique deja de ser quién es"¹⁰

"Los nietos [hijos de desaparecidos apropiados] tienen una 'no identidad'"¹¹

"Estos jóvenes viven un estado de excepción sin saberlo, su situación está falsificada, así como su documentación, filiación e identidad" (Lo Giúdice, 2004)

"No hay dos verdades, tres verdades, más o menos verdades. En eso se enmarca la identidad" (E28)

En *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Philip K. Dick (1980) proponía una imagen poderosa: a los androides, inquietante y amenazadoramente parecidos a sus creadores humanos, seres de identidad completa éstos, monstruos y simulaciones aquéllos, se les instalaba en su memoria artificial, incompleta, falsa, monstruosa, recuerdos de otros. Integrados en un conjunto coherente, estos recuerdos daban consistencia a la identidad de estas entidades que tras ese implante poseían un tiempo y un espacio limpios, los de la *familia*. Gracias a esa memoria ordenada, cada andrillo ganaba consistencia, solidez, pues por su inscripción en la saga familiar *era*, tenía identidad. Es que poco hay más fuerte. La propuesta de Dick, como la de Ridley Scott en *Blade Runner* (1982), turbaba, pues forzaba a hacerse preguntas incómodas: ¿Hay que tener orígenes para ser?, esos orígenes ¿requieren necesariamente de una única historia familiar? ¿Se puede ser con un origen inconsistente desde el punto de vista de la genética o de la historia familiar? ¿Se puede tener identidad sin nombre, territorio o historia? ¿Es posible hacer identidad con otros materiales o con los mismos armados de otra manera?

El grupo de trabajadoras que con tesón y una implacable convicción se dedica a recoger el material para el Archivo Biográfico Familiar no parece dudar al contestar a esas preguntas: a las dos primeras dice "sí"; a las otras tres, un rotundo "no". Son una

¹⁰ Tomado del texto de presentación de los "aspectos genéticos de la identidad" disponible en el sitio Web de Abuelas de Plaza de Mayo, <http://www.abuelas.org.ar/genética.htm> [Acceso en octubre de 2005].

¹¹ Tomado de la entrevista a Estela Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, recogida en Gelman-La Madrid, 1997.

tribu especial: nietas de las Abuelas, es decir, hijas de los desaparecidos. Guardan un patrimonio, se encargan de este templo. Son el *ejército de los hijos de Abuelas*. “Los hijos de Abuelas”, sí, dije bien. Este *fallido* irrita de nuevo el campo de realidad que la desaparición forzada pone en juego: el de la identidad, la familia, el linaje... Señala también que la solución de las narrativas con las que trabajo ahora, reparadora de los que se piensan como los “lazos naturales”, promueve construcciones extrañas: niños que se crían con sus abuelos o con sus tíos, huérfanos que hacen comunidades de iguales... Es una curiosa y muy interesante consecuencia no intencionada de esta retórica: allí donde situaba *conservación* del vínculo, *recuperación* del lazo, *restitución* de la familia y de la novela que la articula, nace lo nuevo, muy nuevo.

“Lo ocurrido, el desmantelamiento del derecho de las personas por desaparición y asesinato y la apropiación de niños, hoy jóvenes y aún desaparecidos condujo a una ruptura del sistema humano de filiación, es una masacre de los vínculos y una fractura de la memoria”, dice Alicia Lo Giúdice, Coordinadora del Equipo Psicológico de Abuelas de Plaza de Mayo¹². Refleja bien cuál es el verbo en torno al que se conjuga la acción política de Abuelas —restituir— y qué sustantivo permite articularla —identidad—. Así es, si los afectados por la desaparición forzada de personas son sujetos devastados, la devastación puede compensarse devolviendo a ese sujeto a los tejidos que le hacen, el de la familia, el de la herencia, que se reconstruyen, entonces, en toda su contundente unidad (“Se busca recuperar la identidad perdida al momento de la constitución de la entidad ‘desaparecido’, que dio lugar a un nuevo sujeto social, negando la identidad anterior”¹³). El equilibrio se impone: lo biológico se encuentra con lo cultural; la familia, el linaje, la saga, en fin, la poderosa retórica de la autenticidad, completan lo que está inscrito en cada uno de manera indeleble, la huella genética.

¹² Tomado del texto de Alicia Lo Giúdice —Coordinadora del Equipo Psicológico de Abuelas de Plaza de Mayo— disponible en el sitio Web de éstas, <http://www.abuelas.org.ar/centro.htm> [Acceso en octubre de 2007].

¹³ Tomado del texto de presentación del Archivo Biográfico Familiar disponible en el sitio Web de Abuelas de Plaza de Mayo, <http://www.abuelas.org.ar/archivo.htm> [Acceso en enero de 2008].

A mi criterio, la institucionalización y legitimación de estas políticas de la identidad ha forzado a que los debates sobre esta cuestión se instalen en un estadio profundamente esencialista, en el Cono Sur de América latina y en los mundos de los detenidos-desaparecidos sin duda pero también irradiando hacia el conjunto de los lugares sociales donde la identidad *es cuestión*. Allí, los temas del Ser, la identidad y el sujeto no pueden escaparse de los lugares de lo biológico, intocables, inamovibles, incuestionables, determinados. La identidad, convertida en arma para regenerar sentido cuando la catástrofe lo deshizo, tiene ciertamente consecuencias no intencionadas.

Y además, si la catástrofe se conjura, el desaparecido, ¿deja realmente de serlo?